

OLMEDO Y MARURI, JOSÉ JOAQUÍN (1780-1847)

*LA VICTORIA DE JUNÍN*

El trueno horrendo que en fragor revienta  
y sordo retumbando se dilata  
por la inflamada esfera,  
al Dios anuncia que en el cielo impera.

Y el rayo que en Junín rompe y ahuyenta  
la hispana muchedumbre  
que, más feroz que nunca, amenazaba,  
a sangre y fuego, eterna servidumbre,  
y el canto de victoria  
que en ecos mil discurre, ensordeciendo  
el hondo valle y enriscada cumbre,  
proclaman a Bolívar en la tierra  
árbitro de la paz y de la guerra.

Las soberbias pirámides que al cielo  
el arte humano osado levantaba  
para hablar a los siglos y naciones  
-templos do esclavas manos  
deificaban en pompa a sus tiranos-,  
ludibrio son del tiempo, que con su ala  
débil, las toca y las derriba al suelo,  
después que en fácil juego el fugaz viento  
borró sus mentirosas inscripciones;  
y bajo los escombros, confundido  
entre la sombra del eterno olvido  
-¡oh de ambición y de miseria ejemplo!-  
el sacerdote yace, el dios y el templo.  
Mas los sublimes montes, cuya frente  
a la región etérea se levanta,  
que ven las tempestades a su planta  
brillar, rugir, romperse, disiparse,  
los Andes, las enormes, estupendas  
moles sentadas sobre bases de oro,  
la tierra con su peso equilibrando,  
jamás se moverán. Ellos, burlando  
de ajena envidia y del protervo tiempo

la furia y el poder, serán eternos  
de libertad y de victoria heraldos,  
que con eco profundo,  
a la postrema edad dirán del mundo:

«Nosotros vimos de Junín el campo,  
vimos que al desplegarse  
del Perú y de Colombia las banderas,  
se turban las legiones altaneras,  
huye el fiero español despavorido,  
o pide paz rendido.  
Venció Bolívar, el Perú fue libre,  
y en triunfal pompa Libertad sagrada  
en el templo del Sol fue colocada.»

¿Quién me dará templar el voraz fuego  
en que ardo todo yo? Trémula, incierta,  
torpe la mano va sobre la lira  
dando discorde son. ¿Quién me liberta  
del dios que me fatiga...?

Siento unas veces la rebelde Musa,  
cual bacante en furor, vagar incierta  
por medio de las plazas bulliciosas,  
o sola por las selvas silenciosas,  
o las risueñas playas  
que manso lame el caudaloso Guayas;  
otras el vuelo arrebatada tiende  
sobre los montes, y de allí descende  
al campo de Junín, y ardiendo en ira,  
los numerosos escuadrones mira,  
que el odiado pendón de España arbolan,  
y en cristado morrión y peto armada,  
cual amazona fiera,  
se mezcla entre las filas la primera  
de todos los guerreros,  
y a combatir con ellos se adelanta,  
triunfa con ellos y sus triunfos canta.

Tal en los siglos de virtud y gloria,  
donde el guerrero sólo y el poeta  
eran dignos de honor y de memoria,  
la musa audaz de Píndaro divino,  
cual intrépido atleta,  
en inmortal porfía  
al griego estadio concurrir solía;

y en esto hirviendo y en amor de fama  
y del metro y del número impaciente,  
pulsas su lira de oro sonora  
y alto asiento concede entre los dioses  
al que fuera en la lid más valeroso,  
o al más afortunado;  
pero luego, envidiosa  
de la inmortalidad que les ha dado,  
ciega se lanza al circo polvoroso,  
las alas rapidísimas agita  
y al carro vencedor se precipita,  
y desatando armónicos raudales  
pide, disputa, gana,  
o arrebatas la palma a sus rivales.

¿Quién es aquel que el paso lento mueve  
sobre el collado que a Junín domina?  
¿que el campo desde allí mide, y el sitio  
del combatir y del vencer desina?  
¿que la hueste contraría observa, cuenta,  
y en su mente la rompe y desordena,  
y a los más bravos a morir condena,  
cual águila caudal que se complace  
del alto cielo en divisar la presa  
que entre el rebaño mal segura pace?  
¿Quién el que ya desciende  
pronto y aperebido a la pelea?  
Preñada en tempestades le rodea  
nube tremenda; el brillo de su espada  
es el vivo reflejo de la gloria;  
su voz un trueno, su mirada un rayo.  
¿Quién aquél que al trabarse la batalla,  
ufano como nuncio de victoria,  
un corcel impetuoso fatigando,  
discurre sin cesar por toda parte...?  
¿Quién sino el hijo de Colombia y Marte?

Sonó su voz: «Peruanos,  
mirad allí los duros opresores  
de vuestra patria; bravos Colombianos  
en cien crudas batallas vencedores,  
mirad allí los enemigos fieros  
que buscando venís desde Orinoco:  
suya es la fuerza y el valor es vuestro,  
vuestra será la gloria;  
pues lidiar con valor y por la patria

es el mejor presagio de victoria.  
Acometed, que siempre  
de quien se atreve más el triunfo ha sido;  
quien no espera vencer, ya está vencido.»

Dice, y al punto, cual fugaces carros,  
que dada la señal, parten y en densos  
de arena y polvo torbellinos ruedan,  
arden los ejes, se estremece el suelo,  
estrépito confuso asorda el cielo,  
y en medio del afán cada cual teme  
que los demás adelantarse puedan:  
así los ordenados escuadrones  
que del iris reflejan los colores  
o la imagen del sol en sus pendones,  
se avanzan a la lid. ¡Oh! ¡quién temiera,  
quién, que su ímpetu mismo los perdiera!

¡Perderse! no, jamás; que en la pelea  
los arrastra y anima e importuna  
de Bolívar el genio y la fortuna.  
Llama improviso al bravo Necochea,  
y mostrándole el campo,  
partir, acometer, vencer le manda,  
y el guerrero esforzado,  
otra vez vencedor, y otra cantado,  
dentro en el corazón por patria jura  
cumplir la orden fatal, y a la victoria  
o a noble y cierta muerte se apresura.

Ya el formidable estruendo  
del atambor en uno y otro bando  
y el son de las trompetas clamoroso,  
y el relinchar del alazán fogoso,  
que erguida la cerviz y el ojo ardiendo  
en bélico furor, salta impaciente  
do más se encruelece la pelea,  
y el silbo de las balas, que rasgando  
el aire, llevan por doquier la muerte,  
y el choque asaz horrendo  
de selvas densas de ferradas picas,  
y el brillo y estridor de los aceros  
que al sol reflectan sanguinosos visos,  
y espadas, lanzas, miembros esparcidos  
o en torrentes de sangre arrebatados,  
y el violento tropel de los guerreros

que más feroces mientras más heridos,  
dando y volviendo el golpe redoblado,  
mueren, mas no se rinden... todo anuncia  
que el momento ha llegado,  
en el gran libro del destino escrito,  
de la venganza al pueblo americano,  
de mengua y de baldón al castellano.

Si el fanatismo con sus furias todas,  
hijas del negro averno, me inflamara,  
y mi pecho y mi musa enardeciera  
en tartáreo furor, del león de España,  
al ver dudoso el triunfo, me atreviera  
a pintar el rencor y horrible saña.  
Ruge atroz, y cobrando  
más fuerza en su despecho, se abalanza,  
abriéndose ancha calle entre las haces,  
por medio el fuego y contrapuestas lanzas;  
rayos respira, mortandad y estrago,  
y sin pararse a devorar la presa,  
prosigue en su furor, y en cada huella  
deja de negra sangre un hondo lago.

En tanto el Argentino valeroso  
recuerda que vencer se le ha mandado,  
y no ya cual caudillo, cual soldado  
los formidables ímpetus contiene  
y uno en contra de ciento se sostiene,  
como tigre furiosa  
de rabiosos mastines acosada,  
que guardan el redil, mata, destroza,  
ahuyenta sus contrarios, y aunque herida,  
sale con la victoria y con la vida.

Oh capitán valiente,  
blasón ilustre de tu ilustre patria,  
no morirás, tu nombre eternamente  
en nuestros fastos sonará glorioso,  
y bellas ninfas de tu Plata undoso  
a tu gloria darán sonoro canto  
y a tu ingrato destino acerbo llanto.

Ya el intrépido Miller aparece  
y el desigual combate restablece.  
Bajo su mando ufana  
marchar se ve la juventud peruana

ardiente, firme, a perecer resuelta,  
si acaso el hado infiel vencer le niega.  
En el arduo conflicto opone ciega  
a los adversos dardos firmes pechos,  
y otro nombre conquista con sus hechos.

¿Son éstos los garzones delicados  
entre seda y aromas arrullados?  
¿los hijos del placer son esos fieros?  
Sí, que los que antes desatar no osaban  
los dulces lazos de jazmín y rosa  
con que amor y placer los enredaban,  
hoy ya con mano fuerte  
la cadena quebrantan ponderosa  
que ató sus pies, y vuelan denodados  
a los campos de muerte y gloria cierta,  
apenas la alta fama los despierta  
de los guerreros que su cara patria  
en tres lustros de sangre libertaron,  
y apenas el querido  
nombre de libertad su pecho inflama,  
y de amor patrio la celeste llama  
prende en su corazón adormecido.

Tal el joven Aquiles  
que en infame disfraz y en ocio blando  
de lánguidos suspiros,  
los destinos de Grecia dilatando,  
vive cautivo en la beldad de Sciros:  
los ojos pace en el vistoso alarde  
de arreos y de galas femeniles  
que de India y Tiro y Menfis opulenta  
curiosos mercadantes le encarecen;  
mas a su vista apenas resplandecen  
pavés, espada y yelmo, que entre gasas  
el Itacense astuto le presenta,  
pásmase... se recobra, y con violenta  
mano el templado acero arrebatando,  
rasga y arroja las indignas tocas,  
parte, traspasa el mar y en la troyana  
arena muerte, asolación, espanto  
difunde por doquier; todo le cede...  
aun Héctor retrocede...  
y cae al fin, y en derredor tres veces  
su sangriento cadáver profanado,  
al veloz carro atado

del vencedor inexorable y duro,  
el polvo barre del sagrado muro.

Ora mi lira resonar debía  
del nombre y las hazañas portentosas  
de tantos capitanes, que este día  
la palma del valor se disputaron  
digna de todos... Carvajal... y Silva...  
y Suárez... y otros mil... Mas de improviso  
la espada de Bolívar aparece  
y a todos los guerreros,  
como el sol a los astros, oscurece.

Yo acaso más osado le cantara,  
si la meonia Musa me prestara  
la resonante trompa que otro tiempo  
cantaba al crudo Marte entre los Traces,  
bien animando las terribles haces,  
bien los fieros caballos, que la lumbre  
de la égida de Palas espantaba.

Tal el héroe brillaba  
por las primeras filas discurriendo.  
Se oye su voz, su acero resplandece,  
do más la pugna y el peligro crece.  
Nada le puede resistir... Y es fama.  
-¡oh portento inaudito!  
que el bello nombre de Colombia escrito  
sobre su frente, en torno despedía  
rayos de luz tan viva y refulgente  
que, deslumbrado el español, desmaya,  
tiembla, pierde la voz, el movimiento,  
sólo para la fuga tiene aliento.

Así cuando en la noche algún malvado  
va a descargar el brazo levantado,  
si de improviso lanza un rayo el cielo,  
se pasma y el puñal trémulo suelta,  
hielo mortal a su furor sucede,  
tiembla y horrorizado retrocede.  
Ya no hay más combatir. El enemigo  
el campo todo y la victoria cede;  
huye cual ciervo herido, y a donde huye,  
allí encuentra la muerte. Los caballos  
que fueron su esperanza en la pelea,  
heridos, espantados, por el campo

o entre las filas vagan, salpicando  
el suelo en sangre que su crin gotea,  
derriban al jinete, lo atropellan,  
y las catervas van despavoridas,  
o unas en otras con terror se estrellan.

Crece la confusión, crece el espanto,  
y al impulso del aire, que vibrando  
sube en clamores y alaridos lleno,  
tremen las cumbres que respeta el trueno.  
Y discurriendo el vencedor en tanto  
por cimas de cadáveres y heridos,  
postra al que huye, perdona a los rendidos

Padre del universo, Sol radioso,  
dios del Perú, modera omnipotente  
el ardor de tu carro impetuoso,  
y no escondas tu luz indeficiente...  
Una hora más de luz... -Pero esta hora  
no fue la del destino. El dios oía  
el voto de su pueblo; y de la frente  
el cerco de diamante desceñía.  
En fugaz rayo el horizonte dora,  
en mayor disco menos luz ofrece  
y veloz tras los Andes se oscurece.

Tendió su manto lóbrego la noche:  
y las reliquias del perdido bando,  
con sus tristes y atónitos caudillos,  
corren sin saber dónde, espavoridas,  
y de su sombra misma se estremecen;  
y al fin en las tinieblas ocultando  
su afrenta y su pavor, desaparecen.  
¡Victoria por la patria! ¡oh Dios, victoria!  
¡Triunfo a Colombia y a Bolívar gloria!

Ya el ronco parche y el clarín sonoro  
no a presagiar batalla y muerte suena  
ni a enfurecer las almas, mas se estrena  
en alentar el bullicioso coro  
de vivas y patrióticas canciones.  
Arden cien pinos, y a su luz, las sombras  
huyeron, cual poco antes desbandadas  
huyeron de la espada de Colombia  
las vandálicas huestes debeladas.  
En torno de la lumbre,



el nombre de Bolívar repitiendo  
y las hazañas de tan claro día,  
los jefes y la alegre muchedumbre  
consumen en acordes libaciones  
de Baco y Ceres los celestes dones.

«Victoria, paz -clamaban-,  
paz para siempre. Furia de la guerra,  
húndete al hondo averno derrocada.  
Ya cesa el mal y el llanto de la tierra.  
Paz para siempre. La sanguínea espada,  
o cubierta de orín ignominioso,  
o en el útil arado transformada  
nuevas leyes dará. Las varias gentes  
del mundo, que a despecho de los cielos  
y del ignoto ponto proceloso,  
abrió a Colón su audacia o su codicia,  
todas ya para siempre recobraron  
en Junín libertad, gloria y reposo.»

«Gloria, mas no reposo» -de repente  
clamó una voz de lo alto de los cielos-;  
y a los ecos los ecos por tres veces  
«Gloria, mas no reposo», respondieron.  
El suelo tiembla, y cual fulgentes faros,  
de los Andes las cúspides ardieron;  
y de la noche el pavoroso manto  
se transparenta y rásgase y el éter  
allá lejos purísimo aparece,  
y en rósea luz bañado resplandece.  
Cuando improviso, veneranda Sombra,  
en faz serena y ademán agosto,  
entre cándidas nubes se levanta:  
del hombro izquierdo nebuloso manto  
pende, y su diestra aéreo cetro rige;  
su mirar noble, pero no sañudo;  
y nieblas figuraban a su planta  
penacho, arco, carcaj, flechas y escudo;  
una zona de estrellas  
glorificaba en derredor su frente  
y la borla imperial de ella pendiente.

Miró a Junín, y plácida sonrisa  
vagó sobre su faz. «Hijos -decía-  
generación del sol afortunada,  
que con placer yo puedo llamar mía,

yo soy Huayna-Cápac, soy el postrero  
del vástago sagrado;  
dichoso rey, mas padre desgraciado.  
De esta mansión de paz y luz he visto  
correr las tres centurias  
de maldición, de sangre y servidumbre  
y el imperio regido por las Furias.

No hay punto en estos valles y estos cerros  
que no mande tristísimas memorias.  
Torrentes mil de sangre se cruzaron  
aquí y allí; las tribus numerosas  
al ruido del cañón se disiparon,  
y los restos mortales de mi gente  
aun a las mismas rocas fecundaron.  
Más allá un hijo expira entre los hierros  
de su sagrada majestad indignos...  
Un insolente y vil aventurero  
y un iracundo sacerdote fueron  
de un poderoso Rey los asesinos...  
¡Tantos horrores y maldades tantas  
por el oro que hollaban nuestras plantas!

Y mi Huáscar también... ¡Yo no vivía!  
Que de vivir, lo juro, bastaría,  
sobrara a debelar la hidra española  
ésta mi diestra triunfadora, sola.  
Y nuestro suelo, que ama sobre todos  
el Sol mi padre, en el estrago fiero  
no fue, ¡oh dolor!, ni el solo, ni el primero:  
que mis caros hermanos  
el gran Guatimozín y Motezuma  
conmigo el caso acerbo lamentaron  
de su nefaria muerte y cautiverio,  
y la devastación del grande imperio,  
en riqueza y poder igual al mío...  
Hoy, con noble desdén, ambos recuerdan  
el ultraje inaudito, y entre fiestas  
alevosas el dardo prevenido  
y el lecho en vivas ascuas encendido.

¡Guerra al usurpador! -¿Qué le debemos?  
¿Luces, costumbres, religión o leyes...?  
¡Si ellos fueron estúpidos, viciosos,  
feroces y por fin supersticiosos!  
¿Qué religión? ¿la de Jesús?... ¡Blasfemos!

Sangre, plomo veloz, cadenas fueron  
los sacramentos santos que trajeron.  
¡Oh religión! ¡oh fuente pura y santa  
de amor y de consuelo para el hombre!  
¡cuántos males se hicieron en tu nombre!  
¿Y qué lazos de amor...? Por los oficios  
de la hospitalidad más generosa  
hierros nos dan, por gratitud, suplicios.  
Todos, sí, todos; menos uno sólo:  
el mártir del amor americano,  
de paz, de caridad apóstol santo,  
divino Casas, de otra patria digno;  
nos amó hasta morir. Por tanto ahora  
en el empíreo entre los Incas mora.

En tanto la hora inevitable vino  
que con diamante señaló el destino  
a la venganza y gloria de mi pueblo:  
y se alza el vengador. Desde otros mares,  
como sonante tempestad, se acerca,  
y fulminó; y del Inca en la Peana,  
que el tiempo y un poder furial profana,  
cual de un dios irritado en los altares,  
las víctimas cayeron a millares.  
«¡Oh campos de Junín!... ¡Oh predilecto  
Hijo y Amigo y Vengador del Inca!  
¡Oh pueblos, que formáis un pueblo sólo  
y una familia, y todos sois mis hijos!  
vivid, triunfad...»  
El Inca esclarecido  
iba a seguir, mas de repente queda  
en éxtasis profundo embebecido:  
atónito, en el cielo  
ambos ojos inmóviles ponía,  
y en la improvisa inspiración absorto,  
la sombra de una estatua parecía.

Cobró la voz al fin. «Pueblos -decía-  
la página fatal ante mis ojos  
desenvolvió el destino, salpicada  
toda en purpúrea sangre, mas en torno  
también en bello resplandor bañada.  
Jefe de mi nación, nobles guerreros,  
oíd cuanto mi oráculo os previene,  
y requerid los ínclitos aceros,  
y en vez de cantos nueva alarma suene;

que en otros campos de inmortal memoria  
la Patria os pide, y el destino os manda  
otro afán, nueva lid, mayor victoria.»

Las legiones atónitas oían:  
mas luego que se anuncia otro combate,  
se alzan, arman, y al orden de batalla  
ufanas y prestísimas corrieran  
y ya de acometer la voz esperan.

Reina el silencio; mas de su alta nube  
el Inca exclama: «De ese ardor es digna  
la ardua lid que os espera;  
ardua, terrible, pero al fin postrera.  
Ese adalid vencido  
vuela en su fuga a mi sagrada Cuzco,  
y en su furia insensata,  
gentes, armas, tesoros arrebató,  
y a nuevo azar entrega su fortuna;  
venganza, indignación, furor le inflaman  
y allá en su pecho hirvieron, como fuegos  
que de un volcán en las entrañas braman.  
Marcha; y el mismo campo donde ciegos  
en sangrienta porfía  
los primeros tiranos disputaron  
cuál de ellos solo dominar debía  
-pues el poder y el oro dividido  
templar su ardiente fiebre no podía-,  
en ese campo, que a discordia ajena  
debió su infausto nombre y la cadena  
que después arrastró todo el imperio,  
allí, no sin misterio,  
venganza y gloria nos darán los cielos.  
¡Oh valle de Ayacucho bienhadado!  
Campo serás de gloria y de venganza...  
Mas no sin sangre... ¡Yo me estremeciera  
si mi ser inmortal no lo impidiera!

Allí Bolívar en su heroica mente  
mayores pensamientos revolviendo,  
el nuevo triunfo trazará, y haciendo  
de su genio y poder un nuevo ensayo,  
al joven Sucre prestará su rayo,  
al joven animoso,  
a quien del Ecuador montes y ríos  
dos veces aclamaron victorioso.

Ya se verá en la frente del guerrero  
toda el alma del héroe reflejada,  
que él le quiso infundir de una mirada.

Como torrentes desde la alta cumbre  
al valle en mil raudales despeñados,  
vendrán los hijos de la infanda Iberia,  
soberbios en su fiera muchedumbre,  
cuando a su encuentro volará impaciente  
tu juventud, Colombia belicosa,  
y la tuya, ¡oh Perú! de fama ansiosa,  
y el caudillo impertérrito a su frente.

¡Atroz, horrendo choque, de azar lleno!  
Cual aturde y espanta en su estallido  
de hórrida tempestad el postrer trueno.  
Arder en fuego el aire,  
en humo y polvo oscurecerse el cielo  
y, con la sangre en que rebosa el suelo,  
se verá al Apurímac de repente  
embravecer su rápida corriente.

Mientras por sierras y hondos precipicios,  
a la hueste enemiga  
el impaciente Córdova fatiga,  
Córdova, a quien inflama  
fuego de edad y amor de patria y fama,  
Córdova, en cuyas sienes con bello arte  
crecen y se entrelazan  
tu mirto, Venus, tus laureles, Marte.  
Con su Miller los Húsares recuerdan  
el nombre de Junín, Vargas su nombre,  
y Vencedor el suyo con su Lara  
en cien hazañas cada cual más clara.

Allá por otra parte,  
sereno, pero siempre infatigable,  
terrible cual su nombre, batallando  
se presenta La Mar, y se apresura  
la tarda rota del protervo bando.  
Era su antiguo voto, por la patria  
combatir y morir; Dios complacido  
combatir y vencer le ha concedido.  
Mártir del pundonor, he aquí tu día:  
ya la calumnia impía  
bajo tu pie bramando confundida,

te sonríe la Patria agradecida;  
y tu nombre glorioso,  
el arm3nico canto que resuena  
en las floridas margenes del Guayas  
que por oírlo su corriente enfrena,  
se mezclar , y el pecho de tu amigo,  
tus hazañas cantando y tu ventura,  
palpitar  de gozo y de ternura.

Lo grande y peligroso  
hiela al cobarde, irrita al animoso.  
 Qu  intrepidez!  qu  súbito coraje  
el brazo agita y en el pecho prende  
del que su patria y libertad defiende!  
El menor resistir es nuevo ultraje.  
El jinete impetuoso,  
el fulm neo arcabuz de s  arrojando,  
l nzase a tierra con el hierro en mano,  
pues le parece en trance tan dudoso  
lento el caballo, perezoso el plomo.  
Crece el ardor. Ya cede en toda parte  
el número al valor, la fuerza al arte.

Y el Ibero arrogante en las memorias  
de sus pasadas glorias,  
firme, feroz resiste, ya en idea,  
bajo triunfales arcos, que alzar debe  
la sojuzgada Lima, se pasea.  
Mas su afán, su ilusi3n, sus artes... nada;  
ni la resuelta y numerosa tropa  
le sirve. Cede al ímpetu tremendo;  
y el arma de Bayl n rindi3 cayendo  
el vencedor del vencedor de Europa.  
Perdi3 el valor, mas no las iras pierde,  
y en furibunda rabia el polvo muere;  
alza el párpado grave, y sanguinosos  
ruedan sus ojos y sus dientes crujen;  
mira la luz, se indigna de mirarla,  
acusa, insulta al cielo, y de sus labios  
c rdenos, espumosos,  
votos y negra sangre y hiel brotando,  
en vano un vengador muere invocando.

 Ah! ya diviso m seras reliquias,  
con todos sus caudillos humillados,  
venir pidiendo paz; y generoso,

en nombre de Bolívar y la Patria,  
no se la niega el Vencedor glorioso,  
y su triunfo sangriento  
con el ramo feliz de paz corona.  
Que si Patria y honor le arman la mano  
arde en venganza el pecho americano,  
y cuando vence, todo lo perdona.

Las voces, el clamor de los que vencen,  
y de Quinó las ásperas montañas  
y los cóncavos senos de la tierra  
y los ecos sin fin de la ardua sierra,  
todos repiten sin cesar: ¡Victoria!

Y las bullentes linfas de Apurímac  
a las fugaces linfas de Ucayale  
se unen, y unidas, llevan presurosas,  
en sonante murmullo y alba espuma,  
con palmas en las manos y coronas,  
esta nueva feliz al Amazonas.  
Y el espléndido rey al punto ordena  
a sus delfines, ninfas y sirenas  
que, en clamorosos plácidos cantares,  
tan gran victoria anuncien a los mares.

¡Salud, oh Vencedor! ¡oh Sucre! vence,  
y de nuevo laurel orla tu frente;  
alta esperanza de tu insigne patria,  
como la palma al margen de un torrente  
crece tu nombre..., y sola, en este día  
tu gloria, sin Bolívar, brillaría.  
Tal se ve Héspero arder en su carrera,  
que del nocturno cielo  
suyo el imperio sin la luna fuera.

Por las manos de Sucre la Victoria  
ciñe a Bolívar lauro inmarcesible.  
¡Oh Triunfador! la palma de Ayacucho,  
fatiga eterna al bronce de la Fama,  
segunda vez Libertador te aclama.

Esta es la hora feliz. Desde aquí empieza  
la nueva edad al Inca prometida  
de libertad, de paz y de grandeza.  
Rompiste la cadena aborrecida,  
la rebelde serviz hispana hollaste,

grande gloria alcanzaste;  
pero mayor te espera, si a mi Pueblo,  
así cual a la guerra lo conformas  
y a conquistar su libertad le empeñas,  
la rara y ardua ciencia  
de merecer la paz y vivir libre,  
con voz y ejemplo y con poder le enseñas,

Yo con riendas de seda regí el pueblo,  
y cual padre le amé, mas no quisiera  
que el cetro de los Incas renaciera;  
que ya se vio algún Inca, que teniendo  
el terrible poder todo en su mano,  
comenzó padre y acabó tirano.  
Yo fui conquistador, ya me avergüenzo  
del glorioso y sangriento ministerio,  
pues un conquistador, el más humano,  
formar, mas no regir debe un imperio.

Por no trillada senda, de la gloria  
al templo vuelas, ínclito Bolívar:  
que ese poder tremendo que te fía  
de los Padres el íntegro senado,  
si otro tiempo perder a Roma pudo,  
en su potente mano  
es a la Libertad del Pueblo escudo.

¡Oh Libertad! el Héroe que podía  
ser el brazo de Marte sanguinario,  
ése es tu sacerdote más celoso,  
y el primero que toma el incensario  
y a tus aras se inclina silencioso.  
¡Oh Libertad! si al pueblo americano  
la solemne misión ha dado el cielo  
de domeñar el monstruo de la guerra  
y dilatar tu imperio soberano  
por las regiones todas de la tierra  
y por las ondas todas de los mares,  
no temas, con este héroe, que algún día  
eclipse el ciego error tus resplandores,  
superstición profane tus altares,  
ni que insulte tu ley la tiranía;  
ya tu imperio y tu culto son eternos.  
Y cual restauras en su antigua gloria  
del santo y poderoso  
Pacha-Cámac el templo portentoso,



tiempo vendrá, mi oráculo no miente,  
en que darás a pueblos destronados  
su majestad ingénita y su solio,  
animarás las ruinas de Cartago,  
relevarás en Grecia el Areópago,  
y en la humillada Roma el Capitolio.

Tuya será, Bolívar, esta gloria,  
tuya romper el yugo de los reyes  
y, a su despecho, entronizar las leyes;  
y la discordia en áspides crinada,  
por tu brazo en cien nudos aherrojada,  
ante los haces santos confundidas  
harás temblar las armas parricidas.

Ya las hondas entrañas de la tierra  
en larga vena ofrecen el tesoro  
que en ellas guarda el Sol, y nuestros montes  
los valles regarán con lava de oro.  
Y el Pueblo primogénito dichoso  
de Libertad, que sobre todo tanto  
por su poder y gloria se enaltece,  
como entre sus estrellas,  
la estrella de Virginia resplandece,  
nos da el ósculo santo  
de amistad fraternal. Y las naciones  
del remoto hemisferio celebrado,  
al contemplar el vuelo arrebatado  
de nuestras musas y artes,  
como iguales amigos nos saludan;  
con el tridente abriendo la carrera,  
la Reina de los mares, la primera.

Será perpetua, ¡oh pueblos! esta gloria  
y vuestra libertad incontrastable  
contra el poder y liga detestable  
de todos los tiranos conjurados  
si en lazo federal, de polo a polo,  
en la guerra y la paz vivís unidos;  
vuestra fuerza es la unión. Unión, ¡oh pueblos!  
para ser libres y jamás vencidos.  
Esta unión, este lazo poderoso  
la gran cadena de los Andes sea,  
que en fortísimo enlace, se dilatan  
del uno al otro mar. Las tempestades  
del cielo ardiendo en fuego se arrebatan,

erupciones volcánicas arrasan  
campos, pueblos, vastísimas regiones,  
y amenazan horribles convulsiones  
el globo destrozar desde el profundo;  
ellos, empero, firmes y serenos  
ven el estrago funeral del mundo.

Esta es, Bolívar, aun mayor hazaña  
que destrozar el férreo cetro a España,  
y es digna de ti solo; en tanto, triunfa...  
Ya se alzan los magníficos trofeos  
y tu nombre, aclamado  
por las vecinas y remotas gentes  
en lenguas, voces, metros diferentes,  
recorrerá la serie de los siglos  
en las alas del canto arrebatado  
Y en medio del concento numeroso  
la voz del Guayas crece  
y a las más resonantes enmudece.

Tú la salud y honor de nuestro pueblo  
serás viviendo, y Ángel poderoso  
que lo proteja, cuando  
tarde al empíreo el vuelo arrebatases  
y entre los claros Incas  
a la diestra de Manco te sentases.

Así place al destino, ¡Oh! ved al cóndor,  
al peruano rey del pueblo aéreo,  
a quien ya cede el águila el imperio,  
vedle cuál desplegando en nuevas galas  
las espléndidas alas,  
sublime a la región del sol se eleva  
y el alto augurio que os revelo aprueba.  
Marchad, marchad, guerreros,  
y apresurad el día de la gloria;  
que en la fragosa margen de Apurímac  
con palmas os espera la victoria».

Dijo el Inca; y las bóvedas etéreas  
de par en par se abrieron,  
en viva luz y resplandor brillaron  
y en celestiales cantos resonaron.  
Era el coro de candidas Vestales,  
las vírgenes del Sol, que rodeando  
al Inca como a Sumo Sacerdote,

en gozo santo y ecos virginales  
en torno van cantando  
del Sol las alabanzas inmortales.

«Alma eterna del mundo,  
dios santo del Perú, Padre del Inca,  
en tu giro fecundo  
gózate sin cesar, Luz bienhechora  
viendo ya libre el pueblo que te adora.

La tiniebla de sangre y servidumbre  
que ofuscaba la lumbre  
de tu radiante faz pura y serena  
se disipó, y en cantos se convierte  
la querrela de muerte  
y el ruido antiguo de servil cadena.

Aquí la Libertad buscó un asilo,  
amable peregrina,  
y ya lo encuentra plácido y tranquilo,  
y aquí poner la diosa  
quiere su templo y ara milagrosa;  
aquí olvidada de su cara Helvecia,  
se viene a consolar de la ruina  
y en todos sus oráculos proclama  
que al Madalén y al Rímac bullicioso  
ya sobre el Tíber y el Eurotas ama.

¡Oh Padre! ¡oh claro Sol! no desampares  
este suelo jamás, ni estos altares.

Tu vivífico ardor todos los seres  
anima y reproduce: por ti viven  
y acción, salud, placer, beldad reciben.  
Tú al labrador despiertas  
y a las aves canoras  
en tus primeras horas,  
y son tuyos sus cantos matinales;  
por ti siente el guerrero  
en amor patrio enardecida el alma,  
y al pie de tu ara rinde placentero  
su laurel y su palma,  
y tuyos son sus cánticos marciales.

Fecunda, ¡oh Sol! tu tierra,  
y los males repara de la guerra.

Da a nuestros campos frutos abundosos,  
aunque niegues el brillo a los metales,  
da naves a los puertos,  
pueblos a los desiertos,  
a las armas victoria,  
alas al genio y a las Musas gloria.

Dios del Perú, sostén, salva, conforta  
el brazo que te venga,  
no para nuevas lides sanguinosas,  
que miran con horror madres y esposas,  
sino para poner a olas civiles  
límites ciertos, y que en paz florezcan  
de la alma paz los dones soberanos,  
y arredre a sediciosos y a tiranos.  
Brilla con nueva luz, Rey de los cielos,  
brilla con nueva luz en aquel día  
del triunfo que magnífica prepara  
a su Libertador la patria mía.  
¡Pompa digna del Inca y del imperio  
que hoy de su ruina a nuevo ser revive!

Abre tus puertas, opulenta Lima,  
abate tus murallas y recibe  
al noble triunfador que rodeado  
de pueblos numerosos, y aclamado  
Ángel de la esperanza  
y Genio de la paz y de la gloria,  
en inefable majestad avanza.  
Las musas y las artes revolando  
en torno van del carro esplendoroso,  
y los pendones patrios vencedores  
al aire vago ondean, ostentando  
del sol la imagen, de iris los colores.  
Y en ágil planta y en gentiles formas  
dando al viento el cabello desparcido,  
de flores matizado.  
cual las horas del sol, raudas y bellas,  
saltan en derredor lindas doncellas  
en giro no estudiado;  
las glorias de su patria  
en sus patrios cantares celebrando  
y en sus pulidas manos levantando,  
albos y tersos como el seno de ellas  
cien primorosos vasos de alabastro

que espiran fragantísimos aromas,  
y de su centro se derrama y sube  
por los cerúleos ámbitos del cielo  
de ondoso incienso transparente nube,

Cierran la Pompa espléndidos trofeos  
y por delante en larga serie marchan  
humildes confundidos  
los pueblos y los jefes ya vencidos:  
allá procede el Ástur belicoso,  
allí va el Catalán infatigable  
y el agreste Celtíbero indomable  
y el Cántabro feroz, que a la romana  
cadena el cuello sujetó el postrero,  
y el Andaluz liviano  
y el adusto, severo Castellano;  
ya el áureo Tajo cetro y nombre cede,  
y las que antes, graciosas  
fueron honor del fabuloso suelo,  
Ninfas del Tormes y el Genil, en duelo  
se esconden silenciosas;  
y el grande Betis viendo ya marchita  
su sacra oliva, menos orgulloso,  
paga su antiguo feudo al mar undoso.

El sol suspenso en la mitad del cielo  
aplaudirá esta pompa -¡Oh Sol! ¡oh Padre!  
tu luz rompa y disipe  
las sombras del antiguo cautiverio,  
tu luz nos dé el imperio,  
tu luz la libertad nos restituya;  
tuya es la tierra y la victoria es tuya».

Cesó el canto; los cielos aplaudieron  
y en plácido fulgor resplandecieron.  
Todos quedan atónitos; y en tanto  
tras la dorada nube el Inca santo  
y las santas Vestales se escondieron.  
Mas ¿cuál audacia te elevó a los cielos,  
humilde musa mía? ¡Oh! no reveles  
a los seres mortales  
en débil canto, arcanos celestiales.  
Y ciñan otros la apolínea rama  
y siéntense a la mesa de los dioses,  
y los arrulle la parlera fama,  
que es la gloria y tormento de la vida;

yo volveré a mi flauta conocida,  
libre vagando por el bosque umbrío  
de naranjos y opacos tamarindos,  
o entre el rosal pintado y oloroso  
que matiza la margen de mi río,  
o entre risueños campos, do en pomposo  
trono piramidal y alta corona,  
la piña ostenta el cetro de Pomona,  
y me diré feliz si mereciere,  
el colgar esta lira en que he cantado  
en tono menos dino  
la gloria y el destino  
del venturoso pueblo americano,  
yo me diré feliz si mereciere  
por premio a mi osadía  
una mirada tierna de las Gracias  
y el aprecio y amor de mis hermanos,  
una sonrisa de la Patria mía,  
y el odio y el furor de los tiranos.